



Transformar la educación

Sofía De Marziani

Resumen: Desde sus inicios hasta la actualidad, la educación en la Argentina se redujo, en muchos casos, a un poseedor de conocimientos con la labor de transmitirlos a otro que debe adquirirlos sin cuestionamientos, dejando por fuera todas las alternativas que éste decide no reproducir.

El siguiente artículo se propone poner en cuestionamiento el sistema educativo tradicional, con el objetivo de repensar su contenido y sus formas, planificadas para mantener lo establecido, y proponer cómo esto podría modificarse.

Palabras clave: educación - orden - diversidad - transformación - cultura.

Educación estática

Desde sus inicios, el sistema educativo en la Argentina ha respondido a un modo de organización de las clases que consiste -brevemente explicado- en docentes que seleccionan contenido de acuerdo a las determinaciones de los distintos Ministerios de Educación (Nacional y el correspondiente Ministerio Provincial), para proveérselo a los estudiantes, quienes deberán no solo aprenderlos, sino poder demostrarlos.

Esta forma de organización implica, habitualmente, una metodología de trabajo en la que los docentes se ocupan de exponer a sus estudiantes aquello que deben saber, y de qué manera deben saberlo. Es así como tiene lugar una problemática, y es la generación de una educación que no tiene como fin poner en evidencia la gran cantidad de posibilidades de lo que podemos ser, sino reproducir el orden establecido.

Necesariamente -y por distintas cuestiones como el tiempo, la planificación y la capacidad que, se supone, corresponde a



cierto nivel de estudio- los educadores deben determinar los temas a tratar, la forma en que serán explicados, los ejemplos y cuál será la importancia de cada uno dentro de un cierto espacio curricular, entre otras. Pero es importante tener en cuenta que todos estos asuntos son influyentes en los procesos de socialización.

A fin de relacionarlo con las instituciones educativas, consideraremos la socialización como un proceso mediante el cual los individuos adquieren e incorporan elementos de la cultura en que se encuentran inmersos, a modo de pautas para su accionar. Es decir, adaptándose a las formas y modos de actuar de una sociedad determinada, que en todo momento pesarán sobre su comportamiento.

En este sentido, la educación funciona como un agente que reproduce lo establecido: principalmente las estructuras sociales, las económicas y la cultura. De esa forma, desde la primera infancia hasta la educación superior, los sujetos interiorizan las normas del orden social en el que viven y se forman para reproducirlo, probablemente sin ser de ello conscientes:

(...) la escuela puede mejor que nunca, y, en todo caso, de la única manera concebible en una sociedad que presuma de democracia, contribuir a la reproducción del orden establecido al disimular perfectamente la función que desempeña. Lejos de ser incompatible con la reproducción de la estructura de las relaciones de clases, la movilidad individual puede contribuir a la conservación de estas relaciones, al garantizar la estabilidad social por medio de un número limitado de individuos (Bourdieu y Passeron, 1970).

De esta manera, la educación forma a los individuos para mantener un orden social que responde a los intereses de los dominantes, ya que son estos quienes tienen la posibilidad de influir en la elección de contenidos. Como resultado, lo que se incorpora suele ser lo hegemónico; siendo lo hegemónico una particularidad que tomó carácter de universalidad.

La consecuencia de esto es una educación masiva homogeneizadora (Puigróss, 1996), que promueve en los sujetos la generación de un tipo de inteligencia que permita que éstos se adapten a una determinada forma de organización social, que respondan a las necesidades de la misma, que sean aptos para las tareas que se requieren y que no cuestionen lo que los rodea.



La otra cara de dichas prácticas es que todo aquello que, por algún motivo, no predomina o no se encuentra dentro de los parámetros que en la sociedad se han establecido para determinar lo que es y lo que no es normal, y aquello que es o no es correcto, queda por fuera del sistema, se ve relegado y se excluye, por lo que las posibilidades se recortan.

Como contrapartida, a principios del siglo XX llegó a la Argentina “la Escuela Nueva”, una corriente pedagógica que se proponía romper con la educación tradicional, dejando de lado el uso de las instituciones como herramientas de disciplinamiento, optando por una enseñanza en la que el aprendizaje se construya, como consecuencia de un intercambio entre el educador y los educandos.

Sin embargo, en la Argentina, predomina -aún hoy y en todas las etapas formativas- la modalidad tradicional de educación, en la que para aprobar, los estudiantes deben acumular saberes, datos y conocimientos que les son brindados, y reproducirlos de la misma forma. Es por esto que lejos está este sistema de buscar la transformación social y promover la diferencia, sino que las evita.

Educación en movimiento

Además de poner en jaque la manera en la que la educación se lleva a cabo, es importante pensar en una nueva que implique más que colmar a los individuos de contenidos, como si fueran vasijas vacías que hay que llenar (Freire, 1968). Puede pensarse como una institución formativa, que sienta bases que permitan al individuo poder ampliar sus posibilidades, y no recortarlas.

Probablemente haya distintos modos de llevar a cabo la modificación de este sistema, pero se desarrollarán aquellas que han sido consideradas las más importantes con respecto a la diversidad, a evitar la discriminación y la opresión, y a la promoción de la libertad, a partir de multiplicar los recursos para la toma de decisiones.

Existe la posibilidad de una educación que responda a las transformaciones sociales, que esté a la altura de los movimientos que buscan cambiar lo establecido, y que ese también se constituya como su objetivo. Que sea modificable, moldeable. Que exista en ella un avance que se corresponda con el tiempo histórico que la atraviesa, y no que lo niegue.



Se requiere una educación que respete la heterogeneidad cultural y sexual (entre otras) que existe en el país, que reproduzca más que lo hegemónico, que no se pierda de vista lo alternativo. Que también considere otras formas de conocimiento, otras lenguas, otras costumbres y formas de vida que no sean las institucionalizadas.

En este sentido, se puede llevar adelante un sistema educativo que considere distintos tipos de inteligencia y tenga la intención de desarrollarlos a todos, y no solo a aquellos que sean funcionales a los sistemas productivos. Que los sujetos no sean catalogados como malos estudiantes por no cumplir las expectativas en una asignatura, sino que se promueva su formación en aquellas que le interesan, con el fin de engrandecer su potencial.

La historia puede estudiarse y analizarse como una multiplicidad de procesos y no como un conjunto de datos y fechas. Asimismo, debe hablarse más que de hombres o de personajes de poder, y reconocer a las mujeres y a los pueblos en sí mismos como sujetos necesarios e inherentes a las transformaciones sociales, entendiendo que la historia se construye, y que no es el resultado de simples acciones individuales.

Por otra parte, puede pensarse en una modalidad de clases no tradicional, en la que los estudiantes y los docentes dialoguen, compartan y construyan juntos, rompiendo con el sistema que determina que el maestro es el poseedor de los conocimientos y el estudiante aquel que debe recibirlos e incorporarlos, para luego ser evaluado.

Debe existir una educación en la que se comprenda la diferencia en lugar de ocultarla, y en la que la diversidad no sea pensada como una limitación. En la que exista una verdadera inclusión, donde no se discrimine lo diferente dejándolo por fuera del sistema, perdiendo de vista los parámetros de normalidad establecidos y respetando la igualdad de acceso que los individuos deben tener a la misma.

La idea es, entonces, dejar de lado un sistema educativo que se ocupa de reproducir lo establecido, con el fin de mantener las estructuras sociales, para pensar en uno nuevo que funcione como herramienta de cambio y de transformación, pero, además, como una manera de aumentar las oportunidades de los individuos, mediante el respeto de la pluralidad, y promoviendo la creación o elección de alternativas, porque sino ¿cómo seremos libres?



Bibliografía

- Ávila Francés, M. (2005). “Socialización, Educación y Reproducción Cultural: Bordieu y Bernstein”, en *Revista Interuniversitaria de formación del profesorado*, vol. 19, pp. 159-174. España: Universidad de Zaragoza. [En línea]. Recuperado el 16/7/2018 de: <http://www.redalyc.org/pdf/274/27419109.pdf>
- Freire, P. (1967). *Educación para la libertad*. Brasil: Siglo Veintiuno Editores.
- Freire, P. (1968). *Pedagogía del oprimido*. Brasil: Siglo Veintiuno Editores.
- Magendzo, A. La diversidad y la no discriminación: un desafío para la educación moderna. *Pensamiento Educativo*, vol. 26, pp. 173-200. [En línea]. Recuperado el 16/7/2018 de: <http://pensamientoeducativo.uc.cl/files/journals/2/articles/171/public/171-417-1-PB.pdf>
- Puigross, A. (1996). *Qué pasó en la educación argentina: Breve historia desde la conquista hasta el presente*. Buenos Aires, Argentina: Galerna.